

Historias

PARA

NO

REPETIR



Historias
PARA **NO** REPETIR

2021

Las opiniones expresadas y publicadas en este libro corresponden a los autores y no reflejan necesariamente las opiniones de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM). Las denominaciones empleadas y el material presentado a lo largo del documento no implican juicio alguno por parte de la OIM sobre la condición jurídica de ningún país, territorio, ciudad o zona citados o de sus autoridades, ni respecto al trazado de sus fronteras o límites.

La OIM está consagrada al principio de que la migración en forma ordenada y en condiciones humanas beneficia a los migrantes y a la sociedad. En su calidad de organismo intergubernamental, la OIM trabaja con sus asociados de la comunidad internacional para ayudar a encarar los crecientes desafíos que plantea la gestión de la migración, fomentar la comprensión de las cuestiones migratorias, alentar el desarrollo social y económico a través de la migración y velar por el respeto de la dignidad humana y el bienestar de los migrantes.

Esta publicación fue posible gracias al apoyo de la Oficina de Población, Refugiados y Migración del Departamento de Estado de los Estados Unidos de América (PRM), en el marco del Programa Regional sobre Migración. Sin embargo, los puntos de vista expresados no reflejan necesariamente las políticas oficiales del Gobierno de los Estados Unidos de América.

“La interpretación de la información aquí expuesta queda a responsabilidad del lector y no refleja necesariamente la opinión del ILANUD ni de la DGME respecto del estatus político, legal y social de los países mencionados”.

Publicado por: Organización Internacional para las Migraciones
Oficina para Costa Rica
San José, Costa Rica
Tel: +(506) 2212-5300
Email: iomsanjose2@iom.int
Website: <https://costarica.iom.int/>

Esta publicación no ha sido editada oficialmente por la OIM.

Coordinadora de Programa: Isis Orozco Aragón (OIM)

Coordinadores de investigación:

- Organización Internacional para las Migraciones (OIM)
- Instituto Latinoamericano de las Naciones Unidas para la Prevención del Delito y Tratamiento del Delincuente (ILANUD)
- Coalición Nacional contra el Tráfico Ilícito de Migrantes y la Trata de Personas (CONATT)

Autores: Maritza Matarrita Gutiérrez, oficial de proyecto, Organización Internacional para las Migraciones (OIM)
Alexa Fernández Arguedas, asistente de proyecto, Organización Internacional para las Migraciones (OIM)
Yagnna Nicolás Jiménez, investigadora Instituto Latinoamericano de las Naciones Unidas para la Prevención del Delito y Tratamiento del Delincuente (ILANUD)
Sandra Chaves Esquivel, gestora de Gestión Trata de Personas y Tráfico Ilícito de Migrantes, Dirección General de Migración y Extranjería, DGME/ Apoyo Técnico Secretaría Técnica, Coalición Nacional contra el Tráfico Ilícito de Migrantes y la Trata de Personas

Diseño e ilustraciones: Tatiana Castro Caamaño

Cita obligatoria: Organización Internacional para las Migraciones (OIM), 2021. Historias para no repetir. OIM. San José, Costa Rica.

© OIM 2021



Quedan reservados todos los derechos. Esta publicación está disponible en virtud de la Licencia de [Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivs 3.0 IGO](#) (CC BY-NC-ND 3.0 IGO). Si desea más información, consulte los [derechos de autor](#) y [los términos de uso](#).

La presente publicación no podrá ser utilizada, publicada o redistribuida con fines comerciales o para la obtención de beneficios económicos, ni de manera que los propicie, con la excepción de los fines educativos, por ejemplo, para su inclusión en libros de texto.

Permisos:

Las solicitudes de uso comercial u otros derechos y licencias deben enviarse a publications@iom.int.

PRESENTACIÓN

El tráfico ilícito de migrantes es un delito con rostro humano; un rostro que toma forma al visibilizar y darle voz a las historias de mujeres, hombres, niñas y niños que han migrado voluntariamente por la vía irregular, sorteando con ello múltiples riesgos y fatalidades. En algunos casos, estas acciones resultan en secuelas imborrables.

Muchas son las razones que existen detrás de la decisión de abandonar su país de origen o residencia. Por ejemplo, se dan situaciones que van desde factores motivadores individuales hasta factores motivadores estructurales, potenciados por un ideal común: obtener mejores oportunidades, nuevos aires de vida personal y familiar.

Tal escenario se agrava cuando estas situaciones se acompañan de la falta de recursos económicos para optar por una migración regular, segura y ordenada. Esto, en tanto las personas migrantes se ven expuestas y están propensas al contacto con redes criminales que, con artimañas discursivas, los persuaden para acceder al pago de sumas económicas cuantiosas a cambio de los servicios de guía y facilitación para el ingreso migratorio irregular a un Estado receptor.

El delito de tráfico ilícito de migrantes, lamentablemente, se aviva con los contextos de vulnerabilidad social de quienes lidian con el objetivo de asentarse en nuevos territorios, lo que, en muchos casos, termina por invisibilizar y subestimar las diversas amenazas y peligros que deberán enfrentar con su travesía migratoria, desde resultar víctimas de delitos como la trata de personas, secuestro, extorsión, agresiones sexuales y robos, hasta la eventual pérdida de vidas humanas.

Las redes criminales dedicadas al tráfico ilícito de migrantes actúan bajo criterios de oportunidad y conveniencia, principalmente, favoreciéndose de la angustia y urgencia de quienes solicitan sus servicios. Acá no hay interés sobre la seguridad y dignidad de las personas, no importan las afectaciones causadas ante escenarios de violencia física, emocional y económica cada vez más complejos, lo que impera es el beneficio económico y material por el que apuesta su *modus operandi* delictual.

El libro *Historias para no repetir* constituye una herramienta didáctica para posicionar el delito de tráfico ilícito de migrantes como un fenómeno socialmente complejo, cuya comprensión demanda voltear la mirada hacia aquellas personas afectadas y que tienen una historia de vida que compartir.

Cada una de estas historias se expone con el único fin de provocar en el lector y/o lectora un ejercicio de reflexión y sensibilización que invite a prevenir y desestimular esta práctica delictiva de alcance transnacional, la cual lucra con la vulnerabilidad de las personas, además de que invita a seguir trabajando por generar procesos de migración seguros, ordenados, regulares y dignos.

Douglas Durán

Director

Instituto Latinoamericano
de las Naciones Unidas
para la Prevención del
Delito y Tratamiento del
Delincuente (ILANUD)

Raquel Vargas

Directora

Dirección General de
Migración y Extranjería
(DGME)

Diana Cartier

Jefa de Misión

Oficina para
Costa Rica
Organización
Internacional para
las Migraciones
(OIM)

ÍNDICE



GERARDO	12
JEIMY	18
JOSÉ	25
KATHERINE	31
KAKA, AJAY Y MARCEL	37
LUIS	44
MARGARITA	52
MARÍA	57
MÓNICA	63
PABLO	69
RODRIGO	81
SINAÍ	89



Gerardo

Mi nombre es Gerardo. Yo soy costarricense, de la zona de San Marcos de Tarrazú. Yo tenía veintidós años cuando decidí migrar a Estados Unidos; eso fue en el año 1985. Yo estaba muy joven y no pensaba bien las cosas. En esa época se hablaba mucho del sueño americano; que en ese país había mucho trabajo y que era una excelente opción.

En el barrio había varia gente que se quería ir. Entonces, yo me uní al grupo: éramos trece personas. Lo que pasa es que ya algunos habían pedido la visa y se las negaron; entonces, empezamos a buscar opciones y en Santa María de Dota había una señora que ofrecía llevarlo a uno “mojado”. Decía que ella se encargaba aquí en Costa Rica de coordinar la salida, que en el camino había otra gente que nos iba a ayudar y que llegábamos a la zona de Texas, donde iba a estar la hermana de ella esperándonos.

Nos dijo que el camino era muy sencillo, que íbamos a durar tres días para llegar a Estados Unidos. Íbamos en avión hasta México; ahí viajábamos en carro hasta la frontera, pasábamos en un bote el río y ya llegábamos a Estados Unidos. Además, nos dijo que le teníamos que pagar todo antes de la salida, ahora yo pienso y digo que —claro— como sabía lo complicado que iba a ser el trayecto, ella quería tener la paga desde antes, por si nos pasaba algo, ella no iba a perder nada.

Al principio sí fue como nos había dicho. Viajamos en avión a México, pero ya después de eso todo se tornó completamente diferente: nos montaron en una buseta que iba toda cubierta. Teníamos que ir acostados en el piso; uno encima del otro porque no alcanzábamos. Nos dijeron que había unos retrasos, que no podíamos irnos directamente hasta Piedras Negras que era por donde íbamos a cruzar la frontera y, entonces, nos metieron en un motel para pasar la noche.

Al día siguiente nos dijeron: “Ya no hay plata, esto de quedarnos en un motel por varios días no estaba incluido dentro de lo que

ustedes pagaron”. Entonces, nos metieron en un lugar que yo no sé ni cómo describir: era como una cuartería, pero el lugar se veía súper peligroso. Nos metieron a los trece en una habitación y lo único que nos daban era un bollo de pan al día y café en polvo. Entonces, nosotros intentábamos “chorrear” café con el agua del lavatorio y con un pañuelo.

Después de varios días ahí encerrados aguantando hambre, nos llevaron otra vez en la buseta: todos en el piso durante horas hasta llegar a Piedras Negras. Cuando llegamos ahí, nos llevaron al río por donde teníamos que pasar; y yo estaba esperando a que trajeran el bote. En ese momento llegaron los coyotes con una panga literal. Era tan pequeña que ahí calculo que cabían solo unas cinco personas máximo. Nos subieron a los trece y eso se movía para todas partes. Se veían los lagartos como pasaban a la par y desestabilizaban la panga. Yo ya veía el momento en que un animal de esos me comía o me ahogaba.

Ya cuando logramos pasar al otro lado del río, tuvimos que caminar como cuatro horas por un cerro y, a cada rato, teníamos que escondernos porque pasaban las patrullas.



Yo estuve dos años y medio en Estados Unidos y me tuve que regresar porque se me complicaba demasiado tener trabajos estables por no tener los papeles. Después de unos años volví a Estados Unidos, pero esta vez de forma regular con permiso de trabajo en el área construcción. Fue completamente otra cosa, yo soy el claro ejemplo de las ventajas que puede conllevar la migración, pero si se hace de forma regular.

Yo ahora analizo todos los peligros que yo tuve que pasar (y que en ese tiempo no era tan peligroso). Yo no me quiero ni imaginar los riesgos a los que se puede exponer una persona migrando de forma irregular en estos tiempos. Yo cometí ese error una única vez y nunca más.



Por **TRÁFICO ILÍCITO DE MIGRANTES** se entiende “(...) la facilitación de la entrada ilegal de una persona en un Estado Parte del cual dicha persona no sea nacional o residente permanente con el fin de obtener, directa o indirectamente, un beneficio financiero u otro beneficio de orden material”. (UNODC, 2000, p. 57)

Jeimy

Me llamo Jeimy. Soy nicaragüense y tenía veinticinco años cuando decidí migrar hacia Estados Unidos. Yo tenía siete meses de embarazo y decidí salir de mi país con el sueño de poder darle una mejor vida a mi hijo. Como muchos de mis hermanos y mi mamá se habían ido a Estados Unidos, tomé la decisión de llevarme a mi hermana menor conmigo, pero, unas semanas antes de mi partida, una de mis vecinas, que era muy cercana a mí, me dijo que si podía llevar a sus dos hijas porque el papá de ellas estaba en Estados Unidos. Entonces, hicimos todos los trámites para que las menores pudieran viajar conmigo.

Los problemas iniciaron cuando aterrizamos en Estados Unidos. Los oficiales de migración empezaron a revisar los documentos y, al parecer, algo no concordaba. Me hicieron preguntas a mí, a las niñas y llamaron a la mamá por teléfono y ella dijo que no me había dado la autorización. Me quitaron a las niñas y se las entregaron al papá. A mí me esposaron y me metieron a una habitación como detenida

junto con mi hermana. Me dejaron allí durante toda la noche y al día siguiente, nos montaron en un avión de regreso a Nicaragua.

El vuelo en el que nos devolvieron hizo escala en la Ciudad de México; entonces, cuando llegamos allí, yo llamé a mi mamá que estaba en Estados Unidos y ella, inmediatamente, contactó a un conocido que vivía ahí. Este señor llegó al aeropuerto por nosotras. Salir de allí fue todo un tema, pero lo logramos. En ese tiempo los controles de seguridad no eran tan estrictos como ahora.

Nos quedamos como una semana en Ciudad de México con este señor y su familia, hasta que mi mamá, desde Estados Unidos, nos puso en contacto con un coyote que me cobró \$5,000 por llevarme a mí y \$3,000 por mi hermana. Durante los días de trayecto en buses, carros o caminando hasta Mexicali, nos fueron enseñando cosas como el acento e himno mexicano, nos hacían preguntas para practicar qué debíamos decir y tenían un montón de pasaportes falsos, iban viendo a qué foto nos parecíamos más y entonces nos cortaron y pintaron el pelo a ambas para que luciéramos como la foto de los pasaportes.



La idea era cruzar la frontera con un pasaporte mexicano diciendo que iríamos a comprar cosas al lado de Estados Unidos, a un centro comercial muy grande que había ahí y volvíamos en unas horas, tal y como lo hacían muchos/as mexicanos/as todos los días.

Duramos varios días allí con ellos. En el lugar estaban más personas que, al igual que nosotras, habían pagado para que las pasaran. Era muy incómodo, dormíamos muchas personas en una sola habitación, mi hermanita tenía miedo y a mí me dolía mucho mi cuerpo por el embarazo.

El día que íbamos a cruzar, los coyotes empezaron a sacar carros, les cambiaron las placas y nos distribuyeron a todos, todo lo hicimos de noche porque ellos decían que ya no revisaban tanto porque estaban cansados. A mí me tocó en un carro pequeño con mi hermana, dos mujeres más y una mujer que manejaba que era como ayudante de los coyotes. Uno de los coyotes llamaba constantemente a la conductora y le daba indicaciones. Cuando logramos cruzar al lado de Estados Unidos nos volvieron a cambiar de carros. Allí, mi hermana y yo nos subimos con uno de los coyotes, y como siete personas más. Nos topamos unos puestos pequeñitos de policías y nos

pararon, pero el coyote habló y nos dejaron pasar. Ellos, obviamente, les dan dinero a esos oficiales para que no les detengan el negocio. El pago era para que nos llevara hasta Los Ángeles, donde ya estaría mi mamá esperándonos. Yo le había dado un adelanto, pero la otra parte se la pagaría mi mamá cuando llegáramos.

Entonces viajamos como durante cinco horas en carro. Él empezó a fumar marihuana para “bajar los nervios” —decía él—. Y yo solo deseaba bajarme de ese carro lo más pronto posible. Finalmente llegamos, vimos a mi mamá esperándonos y estábamos demasiado felices, había familiares de las otras personas esperando también.

El coyote dijo que nadie se bajaba del carro hasta que no pagaran todo. Mi mamá vino con el dinero y él dijo que ahora eran \$ 1,000 más por mi bebé en mi vientre, porque nos habían dado un “trato preferencial”. Claramente mi mamá no los tenía; entonces, yo le dije que pagara todo lo de mi hermana y que se la llevara. Ya era demasiado tarde y mi mamá no sabía qué hacer. Me dijo que “tranquila”, que ella le iba a pedir ayuda a los familiares y conocidos nuestros que estaban en Estados Unidos y que, apenas amaneciera, ella iba a tener el dinero.

El coyote me llevó a una casa; fue la noche más larga de mi vida. Tenía miedo de que me hicieran algo y más que estaban tan drogados. Como a las seis de la mañana el coyote me dijo que ya mi mamá había llamado a decir que tenía el dinero. Me subió a un carro y me llevó a un restaurante. Allí estaba mi mamá esperando, le pagó y me dejó bajarme.

Habían sido semanas tan difíciles que al día siguiente me dieron dolores muy extraños y me tuvieron que internar, a los tres días di a luz a mi bebé, fue prematuro y tenía miedo de que existieran más complicaciones por todos los riesgos a los que estuve expuesta.

Por dicha mi bebé se recuperó, pero no le aconsejaría a nadie hacerlo, nunca estás tranquila, no sabes qué pueda pasar, tu vida está en las manos de los coyotes, pero a ellos lo único que les importa es el dinero, no tu bienestar.



El tráfico ilícito de migrantes es uno de los delitos asociados con la migración irregular, el cual expone a miles de personas migrantes a riesgos inaceptables, violaciones a derechos humanos, tratos crueles y degradantes. Por ejemplo, “(...) muchos migrantes sufren agresiones, violación, extorsión y muchos otros abusos en el contexto del tráfico”. (Borland, 2016, párr.3)

José

Me llamo José. Tenía treinta años cuando mi esposa, un sobrino y yo contratamos un coyote. Yo trabajaba en Toronto, Canadá, en limpieza de asbesto de diez a doce horas por las noches y queríamos ir a Nueva Jersey porque ahí podía ser chofer de camión.

El coyote era un estadounidense y lo contactamos a través de un muchacho costarricense que estaba en Toronto. Me dieron su número de teléfono y él nos dijo: “Vale \$1,800 cada uno”. Nos quedamos de encontrar en un lugar y, cuando íbamos, a salir le pagamos en efectivo.

El día que salimos se unieron al grupo tres personas que no conocíamos; eran de Pérez Zeledón. Nos llevaron en un microbús. Éramos seis personas, el coyote y una muchacha que le ayudaba a él, que parecía gringa o canadiense. Nos fuimos de Toronto a Montreal y ahí llegamos a la frontera con Nueva York. Antes de llegar al puesto migratorio nos desviamos como una media hora y luego caminamos una hora y media

sobre la montaña rodeando el puesto fronterizo. Todos nos fuimos, menos la muchacha quien era la que pasaba la frontera con el auto y se suponía que nos esperaba en el otro lado.

Ella se suponía que tenía que estar ahí, pero no estaba, porque la detuvieron en el puesto fronterizo y no pudo pasar.

Entonces, mi sobrino y el coyote dijeron que iban a ir al pueblo a buscar un carro, pero nunca regresaron.

A los 45 minutos de estar en la montaña esperándolos, vimos que empezaron a llegar patrullas al puesto fronterizo y nos asustamos. Como ya vimos que la cosa estaba fea y nos empezaron a buscar, nosotros cogimos montaña para adentro y tratamos de ir caminando en paralelo a la carretera siguiendo el sonido de los carros. Caminamos desde las cinco de la mañana hasta las doce de la noche. Llegamos a unos pueblitos. Recuerdo que tocamos como tres puertas y nadie nos quiso abrir. Luego, llegamos a una lechería y ahí había unos mexicanos a quienes les pedimos un teléfono para llamar a nuestros familiares que estaban en Nueva Jersey. En eso, llegó el dueño de la lechería y



nos dijo que no quería problemas con Migración. Entendimos que él también tenía personas indocumentadas trabajando; por eso, seguimos caminando y, a las 12 de la noche, llegamos a un pueblo donde ya no podíamos escondernos. Continuamos caminando hasta que llegamos a una casita pequeñita. Por la ventana se veía que estaban viendo televisión. Para ese entonces ya éramos solo cinco porque mi sobrino no regresó, teníamos mucha hambre y estábamos cansados y resignados a que nos agarrara migración, pensamos que el sueño americano se acabaría.

Nuevamente tocamos la puerta mi esposa y yo mientras los otros se escondían. Nos abrió una señora y nos prestó el teléfono para tratar de llamar a un familiar, pero nadie contestó; entonces, llamamos a un familiar de los que nos acompañaban y respondieron. Incluso, habló con la señora de la casa y le pidió que nos dieran alojamiento, pero la señora al saber que éramos cinco dijo que tenía que hablar con su esposo. Finalmente, nos dijeron que sí y dormimos todos en un pequeño tráiler. A las siete de la mañana nos llegó a recoger un microbús. Viajamos más de siete horas para llegar a Nueva Jersey.

Después de lo que pasé, no lo volvería a hacer. Si a uno le hubieran contado cómo era esto, uno hubiera decidido que no, la vida nuestra estaba en riesgo. Tuvimos que pasar muchas fincas invadiendo las propiedades de otras personas. Fue un riesgo que corrimos y, en lo personal, no lo volvería a hacer.

A mi sobrino lo metieron tres meses en prisión con el coyote y luego lo deportaron. El coyote quedó en la cárcel.

El tráfico ilícito de migrantes es un delito de alcance transnacional que afecta a todas las regiones del mundo. Los países pueden ser de origen, tránsito y/o destino del delito de tráfico ilícito de migrantes. Las redes criminales diseñan rutas por mar, tierra y aire para efectuar la travesía migratoria. Sobre esto, es propicio recordar que las rutas migratorias “Se pueden originar y terminar en el mismo continente o ser transcontinentales y transitar por un tercer continente”. (UNODC, 2021, párr. 11)

Katherine

Mi hijo tenía veintisiete años cuando decidió emprender su viaje hacia Estados Unidos por la situación económica que estábamos viviendo. Él había buscado trabajo por todos lados y no encontraba. Además, ya faltaban tres meses para que su novia diera a luz y él quería poder darle algo bueno a su hija.

El coyote era una persona de la misma comunidad. Ya se conocía que llevaba gente a Estados Unidos; cobraba \$7,000. Eso fue en el 2011, y lo que le dijeron era que todo el trayecto era por tierra; principalmente, en bus. Mi hijo iba para donde mi otro hijo que vivía en Oklahoma.

En ese entonces no había tanta tecnología o celulares, pero mi hijo hacía lo posible para llamarme cuando podía de algún teléfono que alguien le prestara. El 27 marzo del 2011, mi hijo me llamó y me dijo que ya estaba en Monterrey, que en la noche ya viajaban en bus a la frontera y que allá iba a haber alguien esperándolos, pero en esa llamada la voz de él era diferente, como que algo estaba pasando.

Esa fue la última vez que escuché la voz de mi hijo.

Al día siguiente, mi otro hijo que ya vivía en Oklahoma recibió una llamada de la persona que supuestamente los estaba esperando en la frontera y le dijo que algunas personas no habían llegado en el bus, incluyendo mi hijo. Yo entré en un estado de nervios, angustia —no sé ni cómo describirlo—, porque justo se estaba hablando que en esa zona había sucedido una masacre (masacre de los 72 migrantes) y que estaban secuestrando a muchas personas.

Fuimos a todas las instituciones a poner la denuncia de que él había desaparecido. Una de las personas que iba en el grupo con él volvió a El Salvador y me dijo que mi hijo estaba preso. Entonces, sentí paz de que, al menos, estaba vivo. Yo vivo en la orilla de la carretera y todo el día pasaba viendo por la ventana con la esperanza de que de algún bus se bajara mi hijo, pero eso nunca pasó.

Con ayuda de varias instituciones y personas buscamos en las cárceles de Estados Unidos y no aparecía ningún registro de él. Nos tomaron muestras de ADN a mi esposo y a mí, y fue hasta después de 1 año y



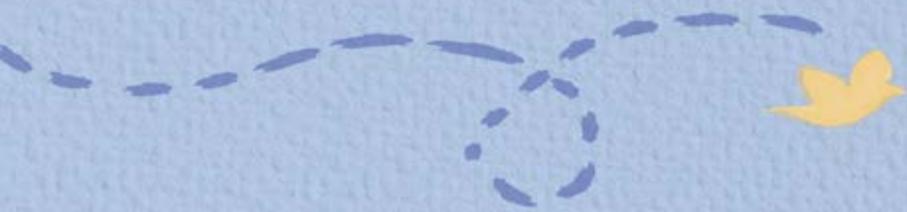
9 meses de su desaparición que me llamaron de la Fiscalía solicitando que me presentara urgentemente. De una vez, mi presentimiento como madre fue que algo muy malo había pasado, y efectivamente me confirmaron mi peor temor: me notificaron que habían encontrado unos restos en unas fosas clandestinas de Tamaulipas y que uno de los cuerpos coincidía con nuestro ADN.

Unos días después, por ser un tema tan delicado y por las masacres que se estaban presentando, se empezó a ocultar cierta información y nos empezaron a decir que no, que había sido una confusión y que no era el cuerpo de mi hijo. Yo estaba completamente desgastada, estaba con psicólogo, con psiquiatra, estaba en depresión, mi salud física y mental estaba terrible.

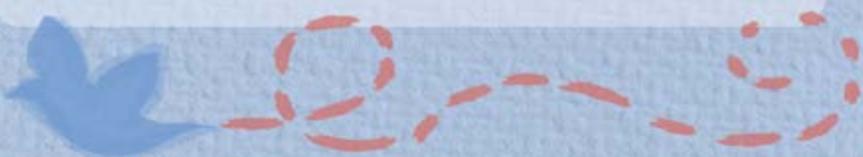
En medio de todo este proceso conocí COFAMIDE (Comité de Familiares de Migrantes Fallecidos y Desaparecidos de El Salvador). Con este apoyo, logré viajar a México y reconocer los restos de mi hijo. Ese momento fue devastador para mí: ver cómo todos los sueños con los que salió mi hijo de nuestro país habían terminado en esta pesadilla.

Por todos los trámites, hasta 4 años después se pudo repatriar el cuerpo y darle santa sepultura a mi hijo.

Después de haber vivido esta trágica experiencia que no le deseo a nadie, yo les diría a las personas que lo piensen dos veces antes de migrar de forma irregular: es un camino muy inseguro. Nadie se va a preocupar por su bienestar o por su vida. Usted puede tener un sueño, pero uno no puede imaginar las consecuencias de esta decisión. Las consecuencias son para siempre y el dolor que se queda en el corazón de una madre es un dolor que no tiene comparación.



Muy a menudo, los migrantes son abandonados por sus traficantes, provocando con ello lesiones o incluso la muerte. En relación con lo anterior, “Los migrantes objeto de tráfico son vulnerables a la explotación, y a menudo sus vidas corren peligro: miles de personas han muerto asfixiadas en contenedores, han perecido en desiertos o se han ahogado en el mar cuando los intentaban introducir en otro país”. (UNODC, 2011, p. iii)



Kaka, Ajay y Marcel

Nosotros somos de un mismo pueblo en el norte de India. Por distintas razones decidimos salir de nuestra ciudad y migrar hacia el continente americano. Contactamos a una persona que por distintos precios (que variaban de \$1,000 a \$11,000) nos prometió llegar a Ciudad de Panamá. Uno le puede pagar al “agente” lo que tenga; le dices cuánto tienes y eso le pagas. La mayoría pagó en India. Nadie conocía nada acá. Los agentes hacen este tipo de trabajo. De forma individual viajamos legalmente e ingresamos con nuestra visa a Brasil. Todo parecía legal. Sin problemas al principio. Ellos nos decían de ir a un hotel y allí nos contactaban, nos llevaban del hotel al aeropuerto o a la estación de buses, nos daban el ticket y, así, fuimos avanzando hasta Colombia. Ellos nos decían que otra persona nos iba a recibir. En cada ciudad había una persona que nos esperaba y nos llevaba a algún hotel, pero nos dejaban adentro de las habitaciones sin poder salir.



Nosotros llegamos en bote desde la ciudad de Juradó, una pequeña ciudad en la costa de Colombia, del lado del Pacífico. En el bote viajábamos doce indios, un pakistaní y dos colombianos. Además, del conductor del bote y su ayudante, que eran de nacionalidad panameña.

Antes de este viaje en bote, estuvimos varios días en una habitación de hotel en Juradó. El “agente” que arregló nuestro viaje, no nos dejaba salir, hablar, ni nos brindaba acceso a internet. Ellos arreglaron todo: ni sabíamos el nombre del hotel. En principio nos dijeron que íbamos a quedarnos allí por tres o cuatro días, pero el tiempo pasó y estuvimos allí nueve días. Hasta que una tarde, de repente, nos dijeron que el viaje ya estaba listo y que rápido debíamos salir. Yo, por ejemplo, estaba tomando una ducha y, en menos de seis minutos, estuve listo. Tomamos un primer bote, durante veinticinco o treinta minutos y, luego, en medio del océano nos hicieron cambiar a un segundo bote. Allí, los panameños estaban esperándonos, nos hicieron sentar y nos dijeron: “No hablen, no se muevan”. Nos indicaron con señas que no podíamos ir para ningún lado. Luego, después de tres horas de viaje (desde las dos a las cinco, más o menos) nos encontró la policía. Hasta ese momento no sabíamos que algo ilegal había en el bote. Además,

nosotros somos de una ciudad en India que no tiene salida al mar; así que teníamos mucho miedo de viajar en bote y nos quedamos quietos por eso. Fue muy peligroso para nosotros, no teníamos chaleco salvavida, menos mal que nos atrapó la policía, si no íbamos a morir probablemente antes de llegar a Ciudad de Panamá.

El hombre panameño estaba gritando mucho. Él sabía que había algo mal. De allí —del océano— la policía nos llevó a la estación, y nos preguntaron de quién era el paquete que habían encontrado. Nosotros no sabíamos nada al respecto, ya que solo llevábamos nuestras pertenencias normales: ropa, zapatos, algunas galletitas para el camino y ya. Nadie dijo nada. La policía abrió el paquete, pero nadie entendía bien por el idioma: hablaban en español. Encontraron algo extraño. Dos oficiales seguían repitiendo que de quién era ese paquete, pero nosotros le decíamos que eso ya estaba en el bote cuando nos subimos y que no teníamos idea. Adentro de la caja, había paquetes envueltos en cinta, pero no sabíamos qué había.

Nunca antes habíamos escuchado sobre la selva del Darién. Ellos prometieron que llegaríamos a Ciudad de Panamá y, luego,

seguiríamos en bus a Costa Rica y el resto del camino. Algunos salimos de Brasil; otros, de Quito o Lima. Desde ahí, nos fueron movilizando la mayoría de las veces en bus o en taxi hacia Colombia. Nosotros igual nos conocíamos de antes, porque somos de la misma ciudad en India.

Hasta que la policía nos llevó al alojamiento temporal, nadie nos había dicho qué estaba pasando. Y ahora estamos esperando que la Fiscalía nos cite a declarar. Pero el Servicio de Migración nos dijo que no tenemos problemas en cuanto a la migración.

Algunos de nosotros queremos ir a Costa Rica, otros a México y yo, por ejemplo, a Estados Unidos. Tenemos distintos destinos. Yo soy chef y espero encontrar trabajo haciendo eso en Estados Unidos. Somos los primeros de nuestra familia y amigos en salir y hacer este viaje.

Cuando salimos de India no sabíamos que nos podía pasar esto; sabíamos que era difícil, pero no esto. Solo sabíamos cosas de las películas o las noticias.

Nosotros nunca pensamos que nos quedaríamos en una estación así. No esperábamos estar tanto tiempo en Panamá. Nosotros queremos ser felices, trabajar, ahora estamos acá atrapados y no podemos avanzar. No haríamos esto otra vez. No recomendamos que alguien lo haga. Es mejor quedarse allá o viajar de la manera correcta, adecuada, no así. Nosotros tuvimos la experiencia y no salió bien. Si quieres ir a algún lado, es mejor ir directo al destino, con la visa o con lo que se necesite. Pero no por la selva o este tipo de cosas.



El tráfico ilícito de migrantes está asociado con delitos conexos a la delincuencia organizada transnacional, por ejemplo, la trata de personas, la extorsión, el terrorismo, el narcotráfico, la corrupción y el lavado de activos. Ante ello, es indispensable que los Estados brinden asistencia y protección “(...) a los migrantes en contextos de tráfico que necesitan apoyo, asistencia y protección, ya que han sufrido violación, extorsión u otro delito”. (Borland, 2016, párr. 7)



Luis

La historia de mi hermano comienza en el 2000. Había unos amigos que ya estaban viviendo en Estados Unidos, en Virginia. Ellos le dijeron que se fuera, pero en ese momento él trabajaba de policía y lo que ganaba le servía para vivir él porque no tenía esposa ni hijos. Pero por el problema de las pandillas que se empezó a extender, él tuvo varios problemas con las pandillas; eso hizo que él considerara la idea de irse.

El 13 de enero del 2001 se dio un terremoto en El Salvador y destruyó la casa en la que vivíamos; entonces, aún más pensó en irse. El 13 de febrero pasa otro terremoto y ahí sí se fue completamente la casa. Los amigos le ayudaron económicamente para irse y lo pusieron en contacto con el coyote que ya les había ayudado a ellos a irse y le dijeron que el viaje estaba para el 24 de febrero, pero él quería recibir el último pago de la policía y llegó al acuerdo que el coyote se iba con el grupo y que él los topaba dos días después (26 febrero) en Tecún Umán: se fue en bus por su propia cuenta.



Cuando llegó a Tecún Umán le prestaron un teléfono, nos llamó y nos dijo que ya estaba con el coyote; esa fue la última vez que lo escuchamos. En marzo salió una noticia que hubo un naufragio en Chiapas y mi mamá; de una vez, dijo que él iba ahí. Nosotros tratábamos de decirle que no, que estuviéramos tranquilos, pero como no aparecía fuimos a Relaciones Exteriores e Interpol, pero nos decían que no nos podían ayudar. Había una institución que se llamaba CARECEN Internacional y solicitamos apoyo. Ellos costeaban la mitad del viaje y la familia la otra, nosotros no pudimos, pero otras familias sí pudieron viajar y, cuando llegaron a la zona, las autoridades mexicanas dijeron que no hubo ningún incidente.

Existe la teoría de que el coyote también era traficante de drogas, que tenía problemas con los carteles de México y que él los entregó. La otra versión es que en las lanchas que estaban cruzando los migrantes llevaban droga y, cuando fueron descubiertos por las autoridades, el coyote volcó la lancha. Pero, si hubo un naufragio ¿dónde están los cuerpos?

Somos quince familias y se empezó a decir que el coyote volvió a El Salvador. Él tenía orden de captura, pero al parecer él tenía contactos

en la Policía. Mi papá murió un año después de la desaparición de mi hermano, porque tuvo muchos ataques al corazón por la misma desesperación.

Yo seguía buscando a mi hermano, a todo el mundo le preguntábamos, a la gente que deportaban le preguntábamos y les enseñábamos fotos de mi hermano y se empezó a decir que había una persona muy similar en Oaxaca. También en el Banco Forense nos tomaron muestras de ADN para realizar búsquedas en fallecidos.

En el 2006 creamos COFAMIDE y, en el 2009, yo viajé con COFAMIDE a México. Se dio otra versión: que el coyote dejó botado a mi hermano por ser policía y le dieron una golpiza tan grave que lo dejaron mal de la cabeza, pero no logramos ubicar al muchacho.

En el 2011, fuimos con la Caravana de Migrantes Desaparecidos y, en el mismo lugar, me vuelven a decir que había alguien que se parecía; entonces, yo me fui para Oaxaca a buscarlo, fui a varias instituciones, pero había mucha indiferencia.

En el 2013, me dijeron de una persona que se parecía. Fuimos con todo y policías y periodistas a ver. Encontramos a la persona, se parecía un montón, pero no era mi hermano, él era mexicano, siempre ahí en Oaxaca.

Una colega del Centro de Orientación al Migrante, en el 2014, me mandó una foto de una persona en un hospital en Oaxaca. Mi primera impresión fue: “Sí, es mi hermano”. Esta persona tenía tatuajes; mi hermano cuando salió no tenía tatuajes, pero habían pasado tantos años que él podía haber vivido muchas cosas.

Una fundación me apoyó para poder viajar. Yo llegué al hospital, pero el muchacho estaba en estado vegetal. Toda la historia coincidía porque decían que él había terminado en el hospital porque tenía problemas mentales. Yo le hacía preguntas y le decía que parpadeara una o dos veces y a todo respondía correctamente. Fue complicado porque físicamente no había tanta similitud, pero las respuestas sí eran correctas.

Había que sacarle muestras de sangre, pero como no estaba en condiciones para autorizar tuvimos que hacer la solicitud al Ministerio

Publico de Oaxaca e hicieron el procedimiento, pero se tardaron mucho tiempo. Yo volví a El Salvador y llamaba constantemente para que me dieran los resultados, pero me dijeron que no era mi hermano.

Lo hicimos también con el Equipo de Antropólogos Argentinos Forenses, pero salió también negativa.

Yo busqué en calles, cárceles, centros, hospitales y no encontré nada. Del coyote no se supo más, él era muy hábil para mentir, a mi hermano le pintó un escenario en el que iban a llegar súper fácil y en avionetas hasta Estados Unidos y nada de eso pasó; supuestamente, sigue operando en Honduras, y que él ha desaparecido a otros grupos y mujeres víctimas de trata.

Un muchacho que vivía por mi casa y lo habían deportado me dijo que él lo recibió en un albergue de San Luis Potosí, yo fui a ese albergue y me dijeron que no había ningún registro de mi hermano.

Mi hermano tenía veinticuatro años cuando salió de El Salvador, era un joven que iba con ilusiones de salir adelante, pero a qué precio:

no sabemos si con su vida. A nivel familiar ha sido sumamente difícil, también falleció mi abuela y mi madre sin saber nada de mi hermano y las dos hermanas que me quedan están muy enfermas y me da demasiado temor que también mueran sin saber nada.



Se estima que los beneficios que obtienen los grupos delictivos a través del tráfico ilícito de migrantes oscilan entre tres mil y diez mil millones de dólares al año. Según estimaciones de OIM, “(...) se ha calculado que los ingresos de los contrabandistas que trafican con migrantes de América Latina y el Caribe hacia los Estados Unidos fueron de casi 7,000 millones de dólares por año”. (OIM, 2016, párr.1)



Margarita

Yo soy una mujer casada, tengo treinta y nueve años y tres hijos: dos varones (veintiún años el mayor; el otro de trece años) y una niña de cuatro años. Soy de Nicaragua. Yo en Nicaragua era trabajadora independiente vendía comida y mi marido trabajaba en construcción.

Hace diez años me vine a Costa Rica buscando un mejor futuro para mis hijos; en ese tiempo yo tenía solo dos hijos. Llevo diez años en Costa Rica y estoy esperando la residencia. Mi hija menor es costarricense. Actualmente trabajo como demostradora de máquinas de tragamonedas y mi marido es maestro de obras. Mi hijo —el de veintiún años— vive en Nicaragua. Yo vivo con mi esposo, mi hijo de trece años y mi niña en Costa Rica.

En marzo de 2020 me fui a Nicaragua a resolver un problema de una casa que tengo. Como aún no tenía cédula de residencia, mi esposo,

la niña y yo nos fuimos para Nicaragua de manera irregular ya que no podía salir legal. Cuando comenzó lo del coronavirus, yo decido volver a Costa Rica porque avisan que se iban a cerrar las fronteras.

Cuando nos bajamos del bus que venía de Managua, ya se habían cerrado las fronteras y en la entrada encontramos a un muchacho que nos ofreció cruzarnos y que nosotros les diéramos dinero. No pactamos nada porque mientras él no nos pasara no íbamos a pagar.

Él decidió que era mejor cortar camino y cruzarnos por el muro de la frontera. Él cruzó y me dijo que le diéramos a la niña. En ese momento le dimos la niña y el quedó después del muro con mi hija. Entonces, pidió que le diéramos la plata en ese momento. Yo me asusté mucho creí que se iba a llevar a mi hija, pero mi esposo lo miró raro y se tiró y le quitó la niña y me la pasó de regreso a mí, que yo estaba del lado nicaragüense. Luego mi esposo discutió con el coyote, quien se enojó mucho y pidió nuevamente el dinero sin cruzarnos y mi esposo le dijo que no le iba a pagar nada porque no nos había cruzado.



Mi esposo cruzó del lado nicaragüense y empezamos a caminar, pero el coyote también se cruzó y empezó a seguirnos. Como no nos dejaba en paz, mi esposo le dio \$50 para que se fuera porque nos daba miedo que nos hiciera algo. Una vez que le dimos el dinero el coyote se fue.

Luego empezamos a caminar y encontramos un par de nicaragüenses que acababan de asaltar otros coyotes: les quitaron todo. Luego caminamos unos tres kilómetros hasta poder pasar.

Yo no volvería a utilizar un coyote, me asusté mucho porque creí que me iba a secuestrar a la niña. No lo recomendamos porque es peligroso; además, de que los pueden asaltar les pueden quitar a los niños.



Para el año 2016, aproximadamente 2,5 millones de personas en el mundo fueron objeto de tráfico ilícito de migrantes. (UNODC, 2018, p. 22)

María

En el 2012 mi hijo hizo contacto con un coyote. Nosotros somos salvadoreños y mi hijo me mencionó que iba a irse del país porque la situación estaba muy difícil y lo que ganaba no era suficiente, que él quería salir adelante, ayudarnos a la familia; por eso, se iba a ir a Estados Unidos donde una sobrina mía.

A él le dijeron que el total eran \$12,000 para llevarlo desde El Salvador hasta Maryland, pero que tenía que entregar \$4,000 de adelanto; iban a ir por tierra cruzando por el río Bravo, por el lado de Tamaulipas. El coyote llegó a mi casa a hablar con él y para recoger el dinero. Yo aproveché y para “estar más segura” le pedí que me diera el nombre y él me lo apuntó en un papel.

Al otro día llegaron por mi hijo en una camioneta, iban como cuatro personas más en el grupo; eso fue el 5 de septiembre. El 14 de septiembre mi hijo me llamó y nos dijo que ya estaban en Reynosa, México, que como en dos o tres días ya pasaban del lado de

Estados Unidos, que había sido muy cansado porque habían caminado mucho, pero que los coyotes estaban muy felices con él porque les ayudaba a arreglar carros porque sabía de mecánica.

Dos días después, mi hijo se comunicó con mi sobrina y le dijo que ya estaban como a tres horas de cruzar a Estados Unidos. Esa fue la última vez que supimos algo de él. En un principio nadie me quería contar porque era información horrible, pero después mi sobrina me contó que ese mismo día una muchacha de las que iba en el grupo, agarró el celular de mi hijo, la llamó y le dijo que él había caído en el desierto como convulsionando, que se empezó a poner morado y lo pusieron debajo de un árbol, que todos estaban tratándolo de ayudar, pero que los coyotes le dijeron: “Si no caminan rápido ustedes los dejo botados a todos” y entonces se tuvieron que ir y dejarlo ahí.

Desde que a mí me dieron esa noticia se me alteró la hipertensión y la diabetes que me afectan hasta el día de hoy. Toda mi familia desesperados hemos hecho hasta lo imposible para encontrarlo, aunque sea su cadáver, pero no lo hemos logrado, hemos puesto denuncias con el nombre que yo tenía y, al parecer, ya detuvieron



a uno de los coyotes (el que había ido a mi casa) pero eso no me devuelve a mi hijo.

En nuestros intentos de buscarlo, una vez fuimos por nuestros propios medios a McAllen, Reynosa y Nuevo Laredo. Fuimos a varios lugares a que me tomaran el ADN por si encontraban algún cuerpo nos pudieran contactar, pero a una de las funerarias que fuimos fue muy extraño, seguro eran personas que son parte de esas mismas redes criminales, y cuando salimos del lugar nos empezaron a seguir. Nos rastreaban con nuestros números celulares, nos querían secuestrar, tuvimos que apagar los celulares y salir al día siguiente en la madrugada de esa ciudad. Hablamos con el cónsul y él nos ayudó para poder volver a salvo.

En El Salvador también tuvimos un montón de problemas porque el coyote sabía dónde estaba mi casa, me hacían llamadas para extorsionarme cobrándome lo que faltaba. Yo les dije que hasta que no supiera dónde está mi hijo no les iba a pagar más dinero, porque incluso durante el camino ya habíamos enviado \$3,000 más; es decir en total les pagamos \$7,000.

Un sobrino vino de Italia a ayudarnos a buscar, empezó a preguntar e investigar en varias partes aquí en El Salvador y me lo mataron. Entre las extorsiones una vez me pidieron \$50,000 y me dijeron que si no los daba iban a matar a toda mi familia; por eso tuve que salir huyendo de mi casa y mudarme a otra ciudad lejos de allí.

Yo como madre y familiar, por todo lo que he visto con otras familias les diría a las personas que piensen bien en el momento de tomar la decisión. Que lo piensen dos veces porque se van a exponer a demasiados peligros; puede parecer muy sencillo, pero realmente no es así. Puede que esa decisión tenga consecuencias interminables; no solo para una persona, sino para todos aquellos quienes los amamos, que vivimos con la esperanza de encontrarlos algún día. Yo solo espero poder encontrar a mi hijo antes de morir.

Son múltiples los riesgos a los que se exponen las personas objeto de tráfico ilícito de migrantes. Por ejemplo, muchos de los migrantes que no han podido pagar extorsiones o recates han sido asesinados. Al respecto, es importante recordar que “El hecho de que algunos migrantes sienten que no tienen otra opción más que enfrentar los riesgos y peligros potenciales de un proceso de tráfico puede estar vinculado con inequidades, falta de oportunidades, pobreza, discriminación y otros factores, los cuales en algunos casos pueden ser reconocido (sic) como violencia estructural”. (Borland, 2016, párr. 5)

Mónica

Mi nombre es Mónica y soy venezolana. Para nadie es un secreto la situación en la que se encuentra mi país desde hace ya varios años. Yo necesitaba salir de Venezuela, habían matado a mi hermano, y mi familia estaba en peligro. Yo tenía miedo de todo; incluso, de enviar a mis hijas a la escuela y que algo les pasara.

Como mis hijas eran menores de edad, necesitaba el permiso de salida, pero eso era prácticamente imposible de sacarlo en Venezuela: el proceso duraba más de un año en el mejor de los casos y a mí me urgía irme; entonces, en enero del 2020 viajé con mis dos hijas (una de diez y otra de tres años) hasta la frontera con Colombia. A una zona que se llama San Antonio.

Cuando llegamos, ahí en la frontera había muchos coyotes o trocheros —como les decimos nosotros— ofreciendo los servicios para pasar la frontera. Ese día estaba lloviendo mucho y estábamos todas mojadas:

lo que queríamos era pasar rápido. Empecé a preguntar a ver quién me dejaba el mejor precio porque yo, prácticamente, iba sin dinero. Además, cobraban en dólares, lo que es casi imposible de conseguir en Venezuela.

Uno de los trocheros me dijo que yo le podía pagar con mi cabello: ese es todo un negocio en esa zona. Ellos después venden el pelo muy caro para extensiones y ganan mucho dinero. Como yo tenía el pelo bastante largo entonces era buena paga para él. Yo no tenía ni idea de cómo era el camino ni qué tan complicado iba a ser; entonces, le pregunté al trochero porque me preocupaba por mi hija. Él me dijo que era súper fácil y rápido, que no me preocupara.

Pero, definitivamente, no fue como él me lo había dicho. Primero, como estaba lloviendo tanto, nos dijo que nos teníamos que meter ahí en un lugar todo extraño, como una cuartería, mientras él iba a hablar con unas personas y mientras dejaba de llover tan fuerte, porque el río estaba muy crecido. Nos quedamos en ese lugar toda la mañana y ya como a medio día salimos.

En el camino había hombres armados a los que el trochero les tenía que pagar para que nos dejaran pasar: todo es una red. Cuando llegamos al río, el cauce estaba demasiado fuerte, en algunas partes había como cuerdas para uno poder pasar, pero en otras no. El trochero solo iba al frente y me gritaba por dónde pasar; en un momento casi me lleva la corriente porque iba con mi hija menor en brazos y tratando de agarrar como podía a mi otra hija. La corriente se me llevó todas las cosas que llevaba, hasta los zapatos.

En ese río había partes que estaban súper contaminadas, olía feo y, cuando estábamos esperando en la cuartería, se estaba hablando que en el río habían fallecido muchas personas ahogadas. Durante el trayecto, escuché muchas veces tiroteos porque esa frontera es tan grande que cada parte pertenece a grupos diferentes.

Cuando salimos al otro lado de la frontera él fue y buscó a la persona que me iba a cortar el pelo, él me había dicho que no era todo, pero fue mentira porque en ese momento me agarraron y me cortaron todo al ras de la cabeza, en cuanto le dieron todo mi cabello el trochero se fue.



Yo me siento muy afortunada de estar viva y tener a mis hijas, pero, así como el río se llevó mis pertenencias, también se pudo haber llevado a una de mis hijas o pudimos haber fallecido en alguno de esos tiroteos. Es increíble que, en medio de un río, una madre esté con dos hijas y al trochero no le importó ni un solo momento ayudarme. Yo, en un punto, pensé en regresarme porque tenía demasiado miedo, pero él me dijo que ni loca hiciera eso, ya me había comprometido con él y tenía que pagarle.

Yo entiendo completamente lo que es tener la necesidad de salir de un país, pero no le recomendaría a nadie que haga lo que yo hice, esas personas solo están interesadas en el dinero no en su seguridad o en su vida. Migrar de forma regular es la mejor opción, migrar de esta forma puede conllevar más peligros de los que podemos imaginar.

El tráfico ilícito de migrantes es un delito altamente rentable. Las redes criminales dedicadas al tráfico ilícito de migrantes persiguen la meta de lucrar económica y materialmente con los sentimientos de necesidad, urgencia y aspiraciones personales de quienes han decidido migrar por la vía irregular. Lamentablemente, “(...) los grupos delictivos dedicados al tráfico ilícito de migrantes funcionan como negocios, con altos márgenes de beneficios y relativamente pocos riesgos”. (Interpol, 2021, párr.2)

Pablo

Mi nombre es Pablo, soy costarricense y decidí migrar hacia los Estados Unidos en el 2002 junto con mi hermano porque, lastimosamente, no teníamos muchas oportunidades para desarrollarnos ni profesional ni personalmente en Costa Rica en ese momento. Tanto yo, como mi familia estábamos pasando situaciones de necesidad.

Yo había aplicado por la visa estadounidense en varias ocasiones, pero no me la aprobaron; entonces, tomé la decisión de emprender mi camino de forma irregular. Tenía unos primos que vivían en Filadelfia y nos podían recibir allá.

Mi hermano fue el que se puso en contacto con un coyote en Pérez Zeledón y él nos dijo que claro, que nos podía llevar y nos cobraba \$4,500 por cada uno. Él nos dijo que el viaje iba a ser muy rápido, nos íbamos en avión hasta México DF, después nos movilizábamos a la frontera y, para ya entrar a Estados Unidos, tendríamos que hacer un trayecto caminando, pero que era corto, que durábamos como una hora o máximo dos horas para estar del otro lado (eso fue lo que

nos hicieron creer y lamentablemente nosotros caímos). Claro, eso es toda una red, ese coyote, que era costarricense, nos acompañó solo en el primer trayecto del viaje. En el camino, hubo muchísimas personas más involucradas que se encargaban de diferentes tareas para que pudiéramos llegar a Estados Unidos de forma irregular.

Nos encontramos con un grupo de aproximadamente veinticinco costarricenses que también iban para Estados Unidos, tomamos un avión hasta México DF y allá nos recibieron varias personas en el aeropuerto y nos llevaron a un hotel (bastante bonito la verdad). Hasta ese momento, yo iba tranquilo. Estuvimos dos días allí y después nos subieron a un bus que nos transportó hasta Nogales: duramos como un día en ese trayecto por tierra. Recuerdo que, a cada uno cuando nos íbamos subiendo a ese bus nos dieron \$20 y nos dijeron que los metiéramos dentro del pasaporte, no entendimos en ese momento para qué, pero en el camino, los oficiales de migración de México nos pararon. Se subieron al bus, pidieron los pasaportes, iban sacando toda la plata, se bajaron y nos dejaron continuar como si nada, ahí entendimos cuál era la razón.

Cuando llegamos a Nogales México nos llevaron a una casa súper grande, como de veinte habitaciones, pero había demasiada gente: por habitación metían como de dieciocho a veinte personas. Estábamos súper hacinados y ahí nos quedamos como siete días. Pasaban y nos daban indicaciones. Lo primero que nos mandaron a hacer fue a destruir nuestros pasaportes. Nos dijeron que no podíamos llevar absolutamente nada de información personal, ni números de teléfonos, fotografías, etc. Yo llevaba una cuanta ropa para el viaje, pero ya en ese punto teníamos que dejar todo botado porque sabíamos que venía el trayecto más duro del viaje que lo haríamos caminando.

Nos sacaron de esa casa en un bus en la noche y nos llevaron a una parte del desierto del lado de México, éramos un grupo como de cuarenta y cinco personas. Íbamos los veinticinco costarricenses, pero también había mexicanos, panameños y brasileños. Ahí donde nos bajaron tenían escondidos unos galones de agua, era un galón para cada persona porque donde nos adentrábamos era un desierto y nos dijeron que ese galón era lo único que íbamos a tener durante todo el trayecto, que era nuestra decisión si queríamos tomárnoslo todo de una vez, pero que ellos nos recomendaban que lo ahorráramos porque

lo íbamos a necesitar, que solo llenáramos la tapa del galón y nos tomáramos un sorbo cuando estuviéramos demasiado deshidratados, solo como para mojarnos la boca.

Entonces yo solo llevaba conmigo el galón de agua, dos abrigos de invierno y \$10 que los propios coyotes nos dijeron que lleváramos, claro era porque ellos mismos tenían todo planeado y le quieren quitar a uno hasta el último centavo que le quede. Ya llevábamos como cuatro horas caminando en la oscuridad cuando aparecieron unas personas para asaltarnos (estoy 100 % seguro de que eran de la misma red de coyotes), nos quitaron el dinero y nos obligaron a quitarnos la ropa para verificar que no lleváramos más plata escondida. Bueno, ya a ese momento llevábamos cuatro horas de camino y un asalto... definitivamente nos habían mentido, no era “tan fácil y rápido” como nos lo habían pintado, no nos esperaba nada bueno.

En todo el camino iban tres coyotes, uno que iba como 2 km delante del grupo, otro en la cabecilla del grupo y otro como 1 km atrás, para verificar que no llegara migración. En un punto de la madrugada estábamos demasiado cansados; aparte de que el frío era insoportable,



entonces, nos acostamos a “descansar” como por cuatro horas en la arena. Después, seguimos caminando todo el día siguiente. Fue horrible, nos encontramos personas que lamentablemente habían perdido la vida en ese desierto. Además, los cambios drásticos de temperatura lo afectaban demasiado a uno, en el día llegaba hasta 40 grados y en la noche eran temperaturas bajo cero.

Llevábamos treinta y seis horas caminando por el desierto, estábamos súper cansados. Ya se habían quedado como cuatro personas en el camino y, cuando alguien no podía más, a los coyotes no les importaba y los dejaban botados. Cuando llegamos ya al puesto fronterizo, era una carretera súper grande, del otro lado de la carretera era Estados Unidos; entonces, teníamos que pasar por unas alcantarillas por debajo de la calle.

Ya ahí sí estaban los tres coyotes y pidieron tres o cuatro voluntarios para que pasaran primero por las alcantarillas y dijeron que se duraban como ocho minutos en salir del otro lado. Yo iba a ir, pero mi hermano me dijo que no me expusiera que mejor esperáramos, entonces otras personas se ofrecieron. Cuando ya ellos iban entrando a la alcantarilla

resulta que la policía de migración ya nos había visto y estaban escondidos con perros muy bravos y en ese momento los soltaron.

Todos empezamos a correr como locos, había demasiados perros. La gente gritaba donde los perros los mordían. Yo, en medio de la locura, mientras iba corriendo vi a mi hermano más al frente y lo empecé a seguir. En esa parte, como ya es la pura frontera, había cercas como a cada metro para que uno se quede pegado ahí y no pueda pasar. Nosotros nos habíamos hecho amigos de cinco costarricenses y, lamentablemente, solo dos lograron salir de ahí y venían corriendo detrás de nosotros. De hecho, en un momento nos empezaron a gritar que por favor los ayudáramos, que no los dejáramos botados. Entonces, nos devolvimos y los ayudamos a brincar.

Con toda la adrenalina del momento yo no sé cómo hicimos, pero logramos seguir corriendo y brincarlas todas, corrimos como por 1 hora, cuando logramos llegar a un lugar “seguro” yo me vi los pies y ya los zapatos no tenían suela, las uñas las tenía en carne viva, el pantalón y los labios también se me habían roto y la cara me sangraba porque en ese trayecto hay demasiadas espinas.

En ese momento me di cuenta de que mi hermano estaba siguiendo a uno de los coyotes. Allí llegamos solo como nueve personas y el coyote; los demás, no sabíamos dónde estaban o si los habían agarrado. Tuvimos que cruzar la autopista por arriba; es decir, tratando de evadir los carros. Yo no sé cómo no nos atropellaron.

Al fin, llegamos del lado de Estados Unidos, pero seguía siendo desierto. El coyote nos dijo que nos quedáramos “descansando” durante la noche. Me desperté ya como a las seis de la mañana por el sol que me estaba pegando en la cara y el coyote dijo que esperaríamos, que él iba a devolverse a ver si ubicaba a alguien escondido o, así, y a ver si encontraba comida.

Duró demasiado en volver, era tanto el calor y el hambre que, mientras esperábamos mi hermano empezó a tener alucinaciones, decía: “vea que rico este pollo, vea que delicioso este refresco”. Yo me asusté demasiado, pero uno de los mexicanos que estaba ahí me dijo que había que tapanlo completamente con la arena para bajarle la temperatura del cuerpo. Al ratito me comenzó a dar a mí y yo empecé a ver un montón de cosas súper extrañas. Por dicha, en ese momento llegó el

coyote con otras cinco personas que se había encontrado y también traía unas galletas y un jugo; ya con eso, me sentí mejor, aunque igual obviamente todos quedamos con hambre.

Empezamos a caminar nuevamente y llegamos a otra carretera. Ya todo estaba planeado y nos explicaron bien por qué no podíamos cometer ningún error: el que se equivocara no tenía una segunda oportunidad. Iban a pasar tres carros iguales. El primer carro iba a hacer un cambio de luces para indicarnos que teníamos que salir corriendo de donde estábamos escondidos y subirnos al cajón del carro que venía atrás (a la velocidad que el carro fuera porque no podía parar).

Ahí íbamos uno encima del otro: literal. Éramos como quince personas y el carro iba como a unos 160 km por hora, calculo. Yo sentía que en cualquier momento salía volando. Llegamos a una casa en Nogales de Estados Unidos, estaba escondida y con todas las ventanas cubiertas, ya ahí había como sesenta personas que cruzaron antes que nosotros. Duramos cuatro días ahí y estábamos desesperados; ya nos queríamos ir. En esa casa había armas de todo tipo, drogas, si alguien no seguía las reglas lo agredían y a las mujeres las violaban.

Un amigo nuestro en Costa Rica es abogado y llamó al coyote con el que nosotros nos pusimos en contacto al puro inicio (que nos llevó en el vuelo de Costa Rica a México DF) y le dijo que nos sacara de ahí y nos llevara a nuestro destino final pronto o él iba a denunciarlo. Entonces, al día siguiente nos llevaron a sacar un ID falso para poder tomar el vuelo que salía el otro día.

Volamos de Nogales a Connecticut (igual con un grupo de personas que iban para los estados aledaños y con un líder del grupo). Cuando teníamos que pasar por migración el líder iba adelante y ponía como la lista de nuestros nombres en su ID para que pudiéramos pasar sin problema. Ya cuando íbamos saliendo del aeropuerto se me acercó un señor que me llamó por mi nombre real y me dijo la placa de la buseta a la que me tenía que subir.

Así, uno por uno nos fuimos subiendo en diferentes momentos para no levantar sospechas. Nos dieron las indicaciones de cómo sería la ruta y en qué parte en específico nos iban a dejar a cada uno. Nos dieron un celular para llamar a las personas que nos iban a recoger. Nosotros llamamos a nuestros primos y les dijimos que nos esperaran en una gasolinera.

Yo estaba tan preocupado porque no teníamos absolutamente nada: ni un solo dólar, ni celular. Pero gracias a Dios nos dejaron en el lugar que nos habían dicho y cuando nos bajamos uno de mis primos me encendió las luces del carro y las apagó. En ese momento a mí me dio de todo, tenía una felicidad tan grande de estar vivo y de estar ya con ellos que ni siquiera la puedo explicar con palabras.

Duramos veintidós días en todo el trayecto, perdí 15 kilos, lucía irreconocible por tan maltratado que estaba, me tomó varios días recuperarme. Yo me quedé diez años allá y ya después regresé a Costa Rica. ¿Me volvería a ir? Claro que lo haría, pero de forma regular. De manera irregular definitivamente no, no quiero volver a revivir esa historia de terror nunca más en mi vida. Los coyotes mienten, pintan el panorama muy lindo, pero la realidad no se parece en lo absoluto a lo que le dicen a uno (creo que mi historia respalda en lo absoluto esto) no caigan en esas mentiras, a ellos no les importa lo que le pase a usted, si usted muere en el camino para ellos es cualquier cosa.

Las historias relatadas por las personas objeto de TIM dan cuenta de la contratación de traficantes de personas varones, sin embargo, ello no excluye la participación o liderazgo de mujeres que encabezan redes de tráfico ilícito de migrantes. “Las mujeres también son reclutadas y participan en la captación de migrantes, el procesamiento de cuotas y el establecimiento de pequeños negocios con las ganancias generadas por el TIM. Durante la pandemia se reportaron detenciones de mujeres que se hacían pasar por funcionarias del gobierno para transportar migrantes. Un rol ejecutado con frecuencia por mujeres en el contexto del TIM es el de pretender ser familiar de niños y niñas migrantes en tránsito. En América Central y México, ha habido importantes casos de TIM que han involucrado mujeres”. (OIM, 2020, p. 19)

Rodrigo

Mi nombre es Rodrigo, soy costarricense, vivía en San Ignacio de Acosta. Tenía treinta y tres años cuando tomé la decisión de salir de Costa Rica porque soy maestro de obras y no lograba encontrar trabajo; tenía una deuda muy grande porque estaba construyendo mi casa y necesitaba urgentemente un trabajo.

Yo intenté sacar la visa dos veces, pero me la negaron. Un primo mío había ido con un coyote y me dio el número de él, yo lo llamé y me cobró \$4,000. Me dijo que me ofrecía una opción diferente de ruta que era súper fácil y sencilla, que no iba a haber ninguna dificultad en el trayecto y yo acepté.

Yo lo contacté un miércoles y quedamos de salir el viernes. Él me compraba el vuelo a México y nos quedamos de ver en el centro de San José con dieciséis personas. Justo en esos días iba a jugar “la Sele” en México, entonces nos dijeron que eso era lo que teníamos que decir en migración, que íbamos a ver el partido.

Nos llevaron a un hotel por dos días en México DF, mientras coordinaban lo del viaje. Después nos llevaron a una casa como a dos horas, estuvimos en ese lugar por tres días y ahí empezaron los problemas porque no nos daban nada de comida. De la sed que teníamos, empezamos a tomar agua del grifo y nos empezamos a enfermar del estómago porque el agua no era potable.

Nos movilizaban en camionetas completamente cerradas, casi ni podíamos respirar, en el camino nos paraba la policía y nos robaban cualquier cosa de valor que tuviéramos. Me acuerdo de que a varios les robaron los anillos de matrimonio (porque tampoco era que lleváramos tantas cosas de valor).

Después de esos cinco días nos llevaron a una parte del desierto, caminamos por tres días y solo nos dieron una garrafa de agua. Una parte la tuvimos que pasar arrastrados porque estaba la Policía de Frontera: había espinas, serpientes y arañas. A mí me picó algo (no sé ni qué), pero me agarró una alergia con ronchas en toda la piel. Pero como los coyotes nos habían dicho: “Al que le pique una serpiente lo dejamos botado porque no vamos a andar cargando con enfermos,



busque ayuda por su cuenta” yo estaba súper asustado y seguí “como si nada” para que no me dejaran solo en medio de la nada.

Siempre los coyotes se iban cambiando, en cada trayecto era alguien diferente para que no los agarraran. En el desierto eran tres coyotes y, nos hicieron la proposición de que, si pasábamos un paquete nos daban \$5,000, yo sabía que claramente era droga y no me arriesgué. Del grupo solo una persona aceptó y se lo llevaron por otra parte. Yo no sé qué pasó con él.

Para ese momento nos habían robado todo, a mí me robaron unos zapatos de cuero que llevaba. Es decir, yo tuve que empezar a cruzar el desierto en unas sandalias que me compré con los últimos \$5 que me quedaban.

En el grupo iba una muchacha con un niño de tres años, ya estaba súper cansada y no tenían agua. Los coyotes le habían dicho que si usted se deshidratava era problema de cada quien. Entre todos le ayudamos con agua y a llevar al niño.

En esos tres días, lo único que probamos fue agua. Los pies los llevaba llenos de bombas de sangre. En la noche hacía un frío tan insoportable que yo sentía que se me iban a caer los dedos. Lo que hacíamos era acostarnos casi uno encima del otro para agarrar calor.

Cuando cruzamos el desierto, los tres coyotes nos dijeron: “Sigan directo por aquí, ya nosotros nos vamos, si se topan algún policia pidan refugio y digan que no saben leer ni escribir, nos vemos después en la terminal de buses hacia Houston”. Un señor salió con el carro y nos dijo que era propiedad privada, pero él vio la situación y nos ayudó. Nos llevó a su casa con su esposa y nos dieron comida y pudimos curarnos un poco los pies. Él mismo llamó a la policía porque eso fue lo que nos habían dicho los coyotes que teníamos que hacer.

Llegaron como quince patrullas, nos llevaron a la cárcel, pero nos trataron súper mal: se burlaban de nosotros. Después, nos empezaron a entrevistar uno por uno. Estuvimos ahí tres días y lo único que nos dieron fue agua. Ya me tocaba a mí la entrevista y yo ya estaba tan cansado, que cuando me preguntaron, yo dije que sí sabía leer y

escribir y el oficial me dijo: “Al fin uno que no es estúpido”; entonces, me explicó que iba a ser más fácil conmigo y me dio un formulario que tenía que rellenar. Me dijo: “Usted me va a tener que ayudar a explicarle a todos estos estúpidos e ignorantes connacionales suyos”, entonces tuve que actuar que les ayudaba; es decir, yo les expliqué todo lo que el policía tenía que haber explicado.

Les dio a ocho personas un permiso de cuatro meses, al resto le dio un permiso de seis meses, y a mí me dio un permiso de doce meses. De ahí nos fuimos a la terminal de buses y esperamos varias horas, llegaron otros coyotes y nos llevaron a una casa, nos tenían encerrados con un candado, uno de los vigilantes nada más entraba, veía si estábamos vivos y ya.

Allí pasó un problema porque llegó uno como de los supervisores y vio que el vigilante no nos había dado nada de comida. El supervisor sacó una pistola y se la metió en la boca al vigilante, le dijo que dónde estaba el dinero que le había dado para nuestra comida. Él le dijo que la había guardado en otra parte y que, por favor, no le hiciera nada que ya iba a ir a comprarnos algo. Nosotros estábamos demasiado

asustados porque todos tenían armas y en cualquier momento nos podían hacer algo. Pasamos dos días allí.

Yo iba para Nueva Jersey; me llevaron en una buseta con dos personas más y tres coyotes que manejaban. Fueron cuatro días de trayecto por tierra. Solo parábamos para ir al baño, nos daban agua y galletas. Ni siquiera para cambiar de chofer paraban; es decir, se pasaban con el vehículo en movimiento, no sé ni cómo no nos estrellamos.

Finalmente, llegué a mi destino y un conocido me recogió en la carretera donde me dejaron. Después de toda esta tragedia jamás volvería a irme con coyotes y yo les diría a todas las personas que no se arriesguen de esa forma: lo que está en juego es su vida. Ahí usted no vale nada, usted no es un ser humano. Una cosa es lo que a usted le venden al principio y otra cosa completamente diferente es lo que usted tiene que pasar.



Las redes criminales dedicadas al tráfico ilícito de migrantes operan con tecnicismo y profesionalismo. Usualmente, cuentan con un cuantioso y robusto recurso humano, financiero y logístico, lo que facilita abarcar distintas regiones del mundo, generando con ello micro organizaciones asentadas en zonas geográficamente estratégicas para su modus operandi. De igual forma, “Como ocurre con otras formas de delincuencia organizada, los grupos involucrados en esta actividad delictiva han ampliado sus operaciones mediante el cambio de rutas, en un intento por expandirse a otros mercados y eludir la acción represiva de los Estados”. (UNODC, 2021, párr.5)



Sinaí

Mi nombre es Sinaí, soy nicaragüense y nunca había tenido la intención de salir de mi país. Yo había terminado la universidad y estaba muy entusiasmada; empecé a buscar trabajo y ahí fue donde todo se vino abajo. Se me hizo imposible conseguir trabajo; además, el padre de mi hijo ya no me quería ayudar económicamente y yo no tenía cómo mantenerlo.

Todas estas situaciones hicieron que tomara la decisión de migrar. Hice el contacto con un coyote en Guatemala que lo conocían como Güero. El que me ayudó a encontrarlo fue el esposo de una de mis hermanas. Ese coyote me dijo que el costo por todo el viaje era \$6,000, que yo tenía que viajar por mi propia cuenta a Guatemala y ya de ahí ellos me llevaban hasta Houston, Estados Unidos.

Yo, realmente, tenía demasiado miedo, no quería ir; de hecho, practicaba con mi hijo que él era “la migra” y que intentara atraparme, para mejorar mi condición física. Se tenían que pagar los primeros \$2,500 al

llegar a Guatemala; entonces, para poder recoger ese dinero tuvimos que empeñar la casa de mi mamá.

Antes de iniciar mi viaje, dejé los poderes de mi hijo a mi mamá para que él pudiera estar seguro y una sobrina de diecisiete años me dijo que también se iba a ir conmigo. El 3 de diciembre de 2014 salimos de Nicaragua. Yo tenía veinticuatro años en ese entonces. Tomamos un bus de Managua a Guatemala y, ahí, nos encontrábamos con el coyote.

En Guatemala nos quedamos cuatro días en un hotel que era del coyote. Ahí empezaron a llegar más personas que iban a ir en el viaje junto con nosotras. Éramos como dieciocho personas y nosotras dos de mujeres. En ese momento ya nos pidieron los \$2,500 que teníamos que pagar para iniciar el viaje. Lo que pasa es que ya yo había gastado dinero en pagar los tiquetes de bus y porque, al hacer la transferencia, se perdía una parte del dinero por las comisiones. Entonces, yo solo tenía \$2,200, yo hablé con uno de los coyotes y me dijo que tranquila, que no había problema. A mí se me hizo demasiado raro eso, y así fue como empezó mi pesadilla, para “pagar” el dinero que me hacía falta el coyote abusó sexualmente de mí.

Yo ya lo único que quería era devolverme, pero apenas estaba empezando el viaje y, además, ya había pagado \$2,200. Al quinto día nos dijeron que íbamos a salir en una buseta para pasar a México. Todo el resto del grupo —que eran hombres— los enviaron en bus. Solo a mi sobrina y a mí nos enviaron a cada una con un coyote en busetas diferentes y yo tenía un miedo horrible por lo que me había pasado. Ellos se enojaban si uno preguntaba cosas, pero se alteraban demasiado. Yo tenía miedo de que me hicieran algo.

Ya cuando pasamos al lado de México, nos encontramos con el resto del grupo y seguimos el recorrido en bus, pero, en un momento, nos iba a agarrar la Policía y nos tuvimos que tirar del bus en movimiento y nos metieron en un prostíbulo para escondernos durante esa noche. Había mujeres desnudas por todas partes y ahí otra vez intentaron abusar de mí y de mi sobrina. Nos decían que nos iban a acusar con el jefe mayor para que nos pusiera en nuestro lugar.

Cuando llegamos a una ciudad que se llama Córdoba, nos llevaron a un hotel y nos obligaron a que mi sobrina y yo durmiéramos cada una con un coyote. Yo le dije al coyote que no, que estaba loco, que ellos no

podían estar haciéndonos esas cosas y le dije a mi sobrina que no entrara. Yo no sé con qué la estaban amenazando a ella también, pero la cosa fue que se encerró en el cuarto con el otro coyote. Yo bajé a la recepción llorando, buscando a la señora que atendía para decirle que no quería dormir con él. Ella me ayudó y me consiguió un cuarto en el último piso. Yo no pude ni dormir de las pesadillas, pensaba que en cualquier momento ese hombre llegaba y me mataba o me dejaban ahí botada.

Yo me levanté súper temprano para ir a buscar que todo el grupo estuviera ahí y sí, aún seguían durmiendo, me quedé afuera de la habitación en la que sabía que estaba mi sobrina y cuando abrieron la puerta el cuarto estaba lleno de droga y licor. Ella estaba como aturdida, había abusado de ella. Yo solo lo dejé pasar como para no desmoronarme más porque ya sentía que no podía más. En esos momentos ya uno está en un estado mental tan deplorable que lo único que quiere es llegar al destino y ya, dejar de sufrir y de ser tratada como una basura.

Cuando llegamos a Reinosá, nos metieron a un cuarto grande a todos y todavía llegaron cuatro personas más. Tuvimos altercados porque



se aprovechaban de nosotras, nos ponían a cocinar y a limpiar para todos. A las once de la noche, cuando íbamos a salir para cruzar la frontera, nos dijeron: “Si pagan \$600 más, les acortamos el camino”. Mi familia me ayudó para que “no corriera riesgo”, yo ahora que lo cuento pienso, uno sí es tonto, ¿cómo es posible que le saquen la plata así con puras mentiras?

Llegamos al río que teníamos que cruzar. El que nos iba a guiar se fumó un puro de marihuana, y nos subieron como en un inflable. Eso parecía una piscina para niños: en cualquier momento se desinflaba y nos moríamos ahogados. Íbamos cuatro personas en uno solo. Eso se movía para todo lado.

Según yo, llegando al otro lado, ya estaba en Estados Unidos, pero todavía había que caminar un montón. Yo iba con una alergia horrible por tanto que fumaban; entonces, tosía mucho y a cada rato me regañaban para que me callara, porque nos podía escuchar la Policía.

Yo iba de última y, en eso, escuché unos pasos. Yo empecé a correr y me tiré debajo de unos arbustos. El grupo salió corriendo y me

dejaron botada. Yo escuché que mi sobrina decía: “Mi tía se quedó atrás”. Empecé a seguir la voz de ella y, cuando corrí, no vi que había un hueco enorme. Me caí y me reventé la nariz, pero tenía que seguir corriendo. Le dije a mi sobrina que me pasara una camisa y, era tanta la sangre que me salía, que llené toda la camisa de sangre.

Corrimos como por una hora y llegamos a una caballeriza. Ahí a mi sobrina le agarró hipotermia porque estábamos completamente mojadas por pasar el río y porque estaba lloviznando. Tuvimos que esperar hasta las ocho de la mañana y llegó una mujer americana que nos llevó a un lugar a que nos bañáramos. Yo me puse un vendaje en la nariz y, de ahí nos llevaron a una bodega en McAllen.

Como ya estábamos del lado de Estados Unidos, teníamos que pagar los otros \$2,500. En esa bodega había dos niñas menores de edad que eran las mujeres de los coyotes y nos ofrecieron cocaína. Yo quedé impactada del estado en el que se encontraban esas niñas. En la noche se pusieron como locos por lo drogados que estaban: empezaron a sacar cuchillos y a buscar pleitos con todo el mundo. Ahí estuvimos tres días.

Después nos llevaron a otro cuarto de 3 X 3 metros y ahí había catorce personas. Nos dieron edredones para dormir en el piso y había aire acondicionado como para congelar pollos. Yo le pregunté a un muchacho que por qué ponían eso tan frío y me dijo: “Es para que el mosco no nos detecte”. A lo que se refería era que había un dron que patrullaba la frontera para detectar el calor humano e identificar si hay personas cruzando por pasos irregulares. Pasamos todo el fin de año ahí, teníamos que aguantar hambre y nos quitaron los celulares. El 31 de diciembre, yo le rogué a uno de los hombres que me prestara el celular para llamar a mi mamá y a mi hijo y me dejó llamarlos por un minuto.

El 1 de enero empezaron a sacar a alguna gente y a nosotras nada. Yo estaba desesperada y otra vez nos dijeron: “Paguén \$500 para que las llevemos en los próximos días”. Nos sacaron el 5 de enero a las diez de la noche. Íbamos en una camioneta, pero rapidísimo. Nos dijeron: “Ya estamos próximos a llegar, no esperen que el carro pare, ustedes tírense”. Nos tiramos, nos arrancamos parte de la piel y empezamos a correr, había que cruzar una malla de tres metros y yo andaba con dolor de espalda porque se me había como desviado la columna con la

caída que había tenido; entonces, me quedé pegada. Peor: yo sentí que se me había arrancado la espalda.

En ese momento dijeron: “La migra” y yo ya no podía correr, me escondí debajo de unas matas y solo pensaba en cuando estaba “practicando con mi hijo”. Para este momento, definitivamente esa situación era mil veces peor de lo que tan siquiera me pude haber imaginado. En unos minutos lo que sentí fue que alguien me tocó el hombro y cuando me volví era la Policía.

Nos agarraron a todos, excepto a un muchacho y al guía. Llenaron dos camionetas con nosotros, nos llevaron a un lugar a revisarnos absolutamente todo para ver si llevábamos droga. Nos interrogaron y yo tuve que decirle a un guarda que tenía una irritación en mis partes íntimas y me llevaron a un doctor. Nos metieron como a unas cámaras frías, había que dormir en unas bancas de concreto, daban de comer dos pedazos de pan, una mortadela congelada y tomar agua del lavamanos.

Nos separaron a mi sobrina y a mí porque a ella la llevaron a un lugar para personas menores de edad. Después de unos días, llegaron

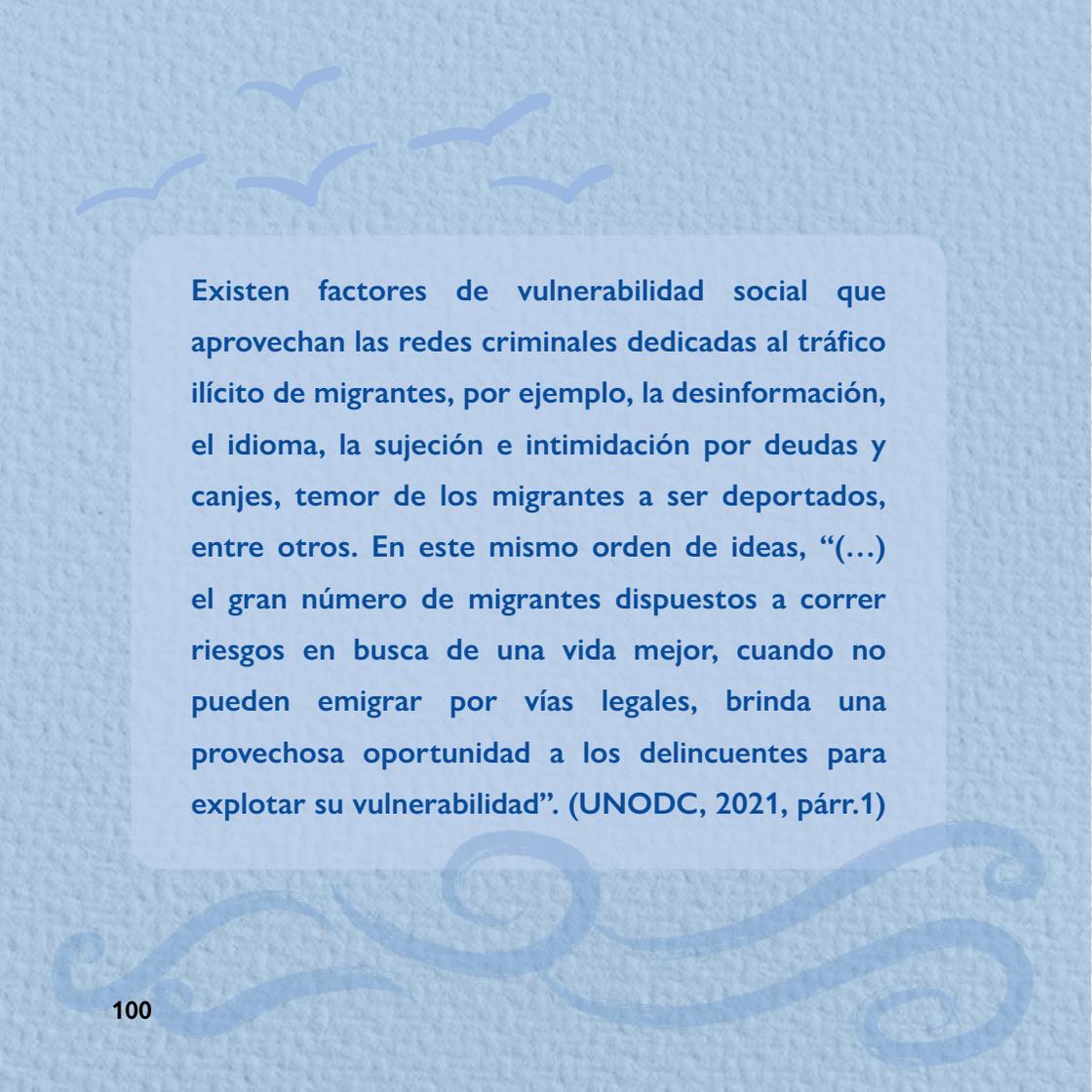
con unos papeles y me dijeron que tenía que firmar mi deportación voluntaria y yo le dije que no, que por favor me escuchara. Se empezó a reír y me dijo: “Ok, vuelva a su lugar”. Después me pasaron a un centro penitenciario en Laredo, cada hora llegaban a pasar lista y teníamos que usar uniforme. Al cuarto día, me llevaron a otro lugar de detención en Taylor, Texas. Nos hicieron un examen psicológico y físico. En el psicológico salió a relucir el problema que tuve con el coyote y me mandaron con el psiquiatra. Yo, al verme en esa situación, sentía que no tenía sentido nada en mi vida, física y psicológicamente estaba destrozada.

Me hicieron unas entrevistas como con unos jueces. Yo conté toda la situación política de mi país y cómo eso me estaba afectando fuertemente y me dijeron que en unos días me daban mi “creíble” o “no creíble”. Es decir, si me aprobaban el asilo político o si me deportaban. Yo estaba demasiado ansiosa, no sabía ni qué hacer, todo el dinero que había invertido para que me fueran a devolver. Al tercer día, me llamaron y me dieron mi “creíble”, pero que tenía que pagar una fianza de \$7,500. Yo jamás tenía ese dinero y me dijeron que tenía derecho a apelar, pero que una persona con residencia americana tenía hacer el reclamo.

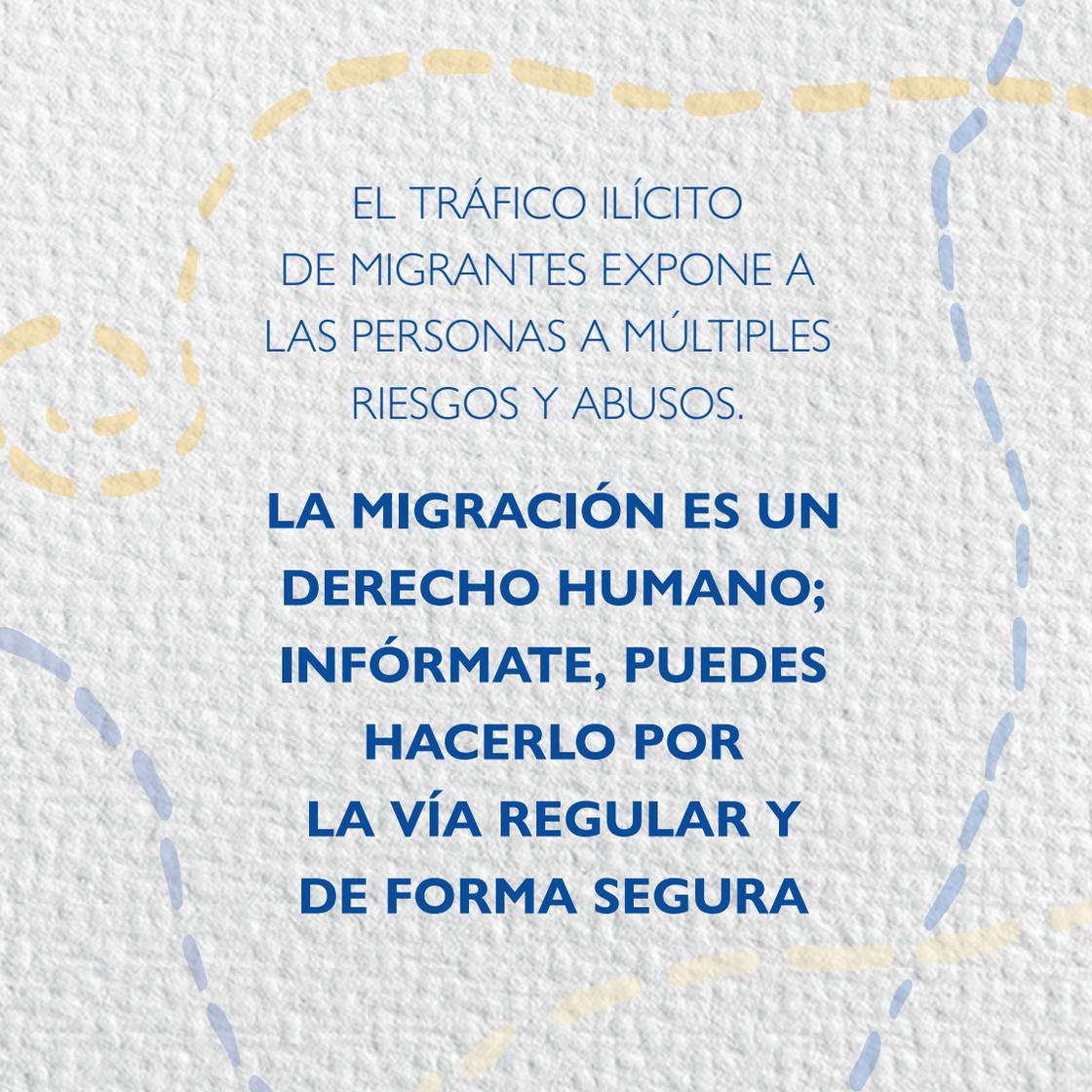
El muchacho donde yo iba a llegar a Estados Unidos no tenía papeles, pero me ayudó y un compañero de trabajo de él que sí tenía residencia me colaboró. Pedí la apelación, a los 15 días me notificaron que la fianza me la había bajado a \$2,500. Un montón de personas me ayudaron y conseguí el dinero.

Así fue como, finalmente, salí de esa pesadilla, aunque para ser sincera, la pesadilla psicológica por el daño que hicieron esos hombres a mi integridad aún sigue vigente. Yo siempre le digo a las personas que quieren salir que no es fácil, que no es como lo pintan los coyotes, son completas mentiras. Ellos lo ven a uno como una mercadería, solo están buscando la forma de sacar provecho de usted. Uno está expuesto a demasiadas cosas, más cuando uno es mujer.

Yo inicié mi viaje un 3 de diciembre desde Nicaragua y salí del centro penitenciario en Houston un 28 de febrero, fueron dos meses y veinticinco días de dolor, sufrimiento y angustia.



Existen factores de vulnerabilidad social que aprovechan las redes criminales dedicadas al tráfico ilícito de migrantes, por ejemplo, la desinformación, el idioma, la sujeción e intimidación por deudas y canjes, temor de los migrantes a ser deportados, entre otros. En este mismo orden de ideas, “(...) el gran número de migrantes dispuestos a correr riesgos en busca de una vida mejor, cuando no pueden emigrar por vías legales, brinda una provechosa oportunidad a los delincuentes para explotar su vulnerabilidad”. (UNODC, 2021, párr.1)



EL TRÁFICO ILÍCITO
DE MIGRANTES EXPONE A
LAS PERSONAS A MÚLTIPLES
RIESGOS Y ABUSOS.

**LA MIGRACIÓN ES UN
DERECHO HUMANO;
INFÓRMATE, PUEDES
HACERLO POR
LA VÍA REGULAR Y
DE FORMA SEGURA**

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS

Borland, R. 2016. ¿Por qué no es correcto hablar de “víctimas” de tráfico? Organización Internacional para las Migraciones (OIM), *Oficina Regional para Centroamérica, Norteamérica y el Caribe*. Disponible en: www.rosanjose.iom.int/site/es/blog/porque-no-es-correcto-hablar-de-victimas-de-trafico

Organización Internacional de Policía Criminal (Interpol). 2021. Complejas redes delictivas facilitan el tránsito transfronterizo ilícito de migrantes—pagando un precio. *INTERPOL*. Disponible en: www.interpol.int/es/Delitos/Trafico-ilicito-de-migrantes

Oficina de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC). 2018. *Global Study on Smuggling of Migrants*. Naciones Unidas, New York. Disponible en: www.unodc.org/unodc/en/data-and-analysis/glosom.html

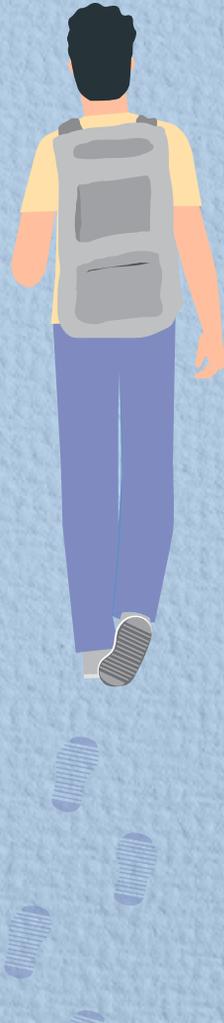
Oficina de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC).
2011. *Manual sobre la lucha contra el tráfico ilícito de migrantes*. Naciones Unidas, New York. Disponible en: www.christusliberat.org/journal/wp-content/uploads/2017/11/Manual-luta-contra-o-trafico-ilicito-de-migrantes-espanhol.pdf

Oficina de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC).
2000. *Convención de las Naciones Unidas contra la Delincuencia Organizada Transnacional y sus Protocolos*. Naciones Unidas, New York. Disponible en: www.unodc.org/documents/treaties/UNTOC/Publications/TOC%20Convention/TOCebook-s.pdf

Oficina de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC).
2021. Tráfico ilícito de migrantes: la dura búsqueda de una vida mejor. UNODC Disponible en: www.unodc.org/toc/es/crimes/migrant-smuggling.html

Organización Internacional para las Migraciones (OIM). 2020. El Tráfico Ilícito de Migrantes en América Central y México en el contexto de la Covid-19. *Oficina Regional para Centroamérica, Norteamérica y el Caribe*. Disponible en: www.rosanjose.iom.int/SITE/es/noticia/el-trafico-ilicito-de-migrantes-en-mexico-y-centroamerica-nunca-entro-en-cuarentena-durante

Organización Internacional para las Migraciones (OIM). 2016. Tráfico ilícito de migrantes. *Oficina Regional para Centroamérica, Norteamérica y el Caribe*. Disponible en: www.rosanjose.iom.int/SITE/es/trafico-ilicito-de-migrantes



PUBLICADO CON EL APOYO DE

